

—resentimiento siempre firme
en tus más firmes huéspedes—
de los predicadores de la muerte,
los que hacen de algún pasado
el más dilatado presente.

CIUDAD: Sí, ¡ellos!,
que no han tallado ninguna de mis piedras;
¡ellos!,
que jamás han acariciado
la madera que danza en mis entrañas;
¡ellos!,
que nunca han dejado correr por sus flácidos brazos
la savia creadora de mi belleza.
¡Siempre ellos! y su impotencia.
Siguen echando tierra a mi vida con sus historias;
no, no quiero ser la obra maestra de sus tumbas.

LEÓN: Destierra para siempre, un momento,
a tus sepultureros,
a los celosos amantes
de tu día gris y tus noches sin estrellas!
¡Y vive!
Mírate en los ojos que pasean las gargantas mudas
—gritos reprimidos en silencios—
por tus calles,
blanqueadas por la roja sangre de su trabajo.

AGUILA: Te desconocen tus mujeres y tus hombres.
¿Ocultan, tal vez, un inmenso iceberg
entre sus huesos?
¡Huesos fríos,
demasiado fríos
para el más caliente de los soles:
la libertad!

CIUDAD: Es la muerte,
vieja aliada de mis definidores;
han pintado en mis pupilas,
novias escogidas del arco iris,
grises nebulosos
y sus manos,
aprendices de garra,
no acarician otro suelo que su antigua herencia:
la nada.
Miran con ojos de perro familiar,
de pájaro enjaulado,
y sienten con el sí dicho al no
tantos y tantos días.
Sus cabezas pasean sólo recuerdos,
un luto eterno viste sus cuerpos
pregoneros de la muerte.

EL NIÑO: ¡Amiga!,
¿cómo puedo descubrir,
dime,
tu mejor claridad y los mil gozos
heridos por su ignorancia,
miedosa y omnipotente?
Mis ojos y mis pies buscan el sol
enamorado de tus plazas infinitas,
convertidas por ellos,
y sus valores,
en caminos de cementerio,
para decir, una vez,
los colores que aprisionan los silencios